

impulso. También los dones y las obras del Espíritu Santo, por diversos que sean, proceden del mismo principio. Considerad los cielos y la tierra. Preguntad á unas despues de otras, á las innumerables criaturas que contienen, estrellas ó soles, montañas ó valles, cedros ó violetas; todas os responderán: Un mismo espíritu nos ha hecho, *Haec autem omnia operatur unus atque idem Spiritus.*

Levantad vuestras miradas á una creacion más magnífica; contemplad las órdenes y las jerarquías del mundo angélico, diferentes en hermosura y poder; ellas os dirán también: Un mismo Espíritu nos ha hecho: *Haec autem omnia operatur unus atque idem Spiritus.*

Bajad ahora vuestra vista al cielo de la tierra, á la Iglesia, madre y modelo de todas las sociedades civilizadas. ¿De dónde le vienen los dones interiores y exteriores, que con su brillante variedad constituyen su poder y su gloria? Una voz responde: "Hay diversidad de dones, pero no hay más que un mismo Espíritu; diversos ministerios, pero un solo Espíritu; diferentes operaciones, pero no hay mas que un Dios que lo hace todo en todos. El uno posee el don de hablar con sabiduría, el otro el don de ciencia, quién el don de fe, quién el de curaciones; este el don de hacer milagros ó el de profetizar, aquel el de hablar diversas lenguas, estotro el de interpretarlas. Pero un mismo Espíritu es el que opera todas estas cosas: *Haec autem omnia operatur unus atque idem Spiritus.* (1).

Todos nuestros dedos, trabajando cada uno en su esfera, tienden al mismo objeto, que es la perfeccion de la obra que han emprendido. Del mismo modo, todos los dedos de Dios

1. *Cor.*, XII, 4 et seqq. Ideo dicitur Spiritus Sanctus digitus Dei, propter partitionem donorum, quæ in eo dantur, unicuique propria, sive hominum, sive angelorum. In nullis enim membris nostris magis apparet partitio, quam inigitis. di *S. Aug.*, *Quaest. Evang.*, lib. II, q. XVII.

todas las maravillas del Espíritu Santo se dirigen á un solo fin, á realizar en la Ciudad del bien la más perfecta concordia, la más completa unidad que se puede concebir, la misma unidad del cuerpo humano y la concordia de sus miembros. Como nuestro cuerpo que es uno se compone de muchos miembros, y todos, estos, aunque son muchos, no hacen más que un solo cuerpo, así sucede en la Ciudad del bien que es el reino del Espíritu Santo y el cuerpo del Verbo encarnado.

Como todos los miembros del cuerpo trabajan los unos por los otros y ninguno puede sufrir sin que todos los demás sufran, ni recibir honor sin que todos los otros participen, lo mismo pasa entre los miembros de la gran Ciudad, de la cual el Espíritu de amor es el autor, el Rey, el vínculo que la une y el alma que le da vida. ¡Qué magnífico ideal! Y este ideal imperfectamente realizado sobre la tierra, lo será perfectamente en la eternidad.

¡Bajo qué títulos podremos nosotros invocar al Espíritu Santo, que estén más en relacion con nuestras necesidades que el de *Dedo de Dios*? ¡Oh Santo Espíritu, Dedo de Dios, poder, bondad, instrumento de milagros, tomad parte en nuestros asuntos y en los del mundo actual! Juzgad vuestra propia causa; reparad, restaurad los baluartes de vuestra Ciudad; disipad los ejércitos que la asedian; haced callar á los blasfemos que la ultrajan y á vos con ella!

Que el esplendor de vuestras obras desconcierte á vuestros enemigos, abra los ojos de los ciegos, despierte á los indiferentes, ablande á los obstinados y fuerce á los modernos magos á confesarse vencidos, para que el campo de las almas restituído á los ministros de la verdad, reciba por fin, el cultivo que puede únicamente reemplazar con frutos de vida esos otros frutos de muerte cuyo hedor infecto clama

al cielo en demanda de las catástrofes más terribles. Dedo divino, grabad profundamente en nuestro corazón la ley régia de la Ciudad del bien, la fé poderosa, la esperanza inmutable, la caridad inmortal; dadnos á cada uno de nosotros la armadura impenetrable que nos hace falta, para rechazar los dardos inflamados de un enemigo más audaz que lo haya sido jamás.

5.º Se llama PARÁCLITO, *Paracletus*. Este nombre, no menos simpático que los otros, quiere decir *abogado, exhortador, consolador*. ¡Qué nombres para un Rey! (1) Aunque el Espíritu del bien no tuviera otros, ¿no bastarian estos para atraer á la obediencia de sus leyes á todos los pueblos, á todas las tribus, á todos los miembros de la desventurada familia humana?

Es *abogado* y defiende. ¿Qué defiende? la causa en que vienen á parar todas las causas, todos los procesos, la causa de las almas, la causa de los pueblos, la causa de la Iglesia y del mundo, la causa de que depende la eterna dicha ó la eterna infelicidad. ¿Dónde la defiende? En el doble tribunal de la justicia y de la misericordia. En el de la justicia, para aplacarla y desarmarla; en el de la misericordia, para obtener copiosas efusiones de gracias, de fuerzas, de luces, de socorro de todo género, sea para preservar á los ciudadanos de su Ciudad de los ataques del enemigo, sea para curarlos de las heridas recibidas. Tribunales de la justicia y la misericordia divina, curias soberanas, ante las cuales no hay nadie, ni rey, ni súbdito, ni pueblo ni particular, que no tenga cada día y aun cada hora, alguna causa pendiente.

1. Consolator ergo ille vel advocatus (utrumque enim interpretatur) quod est graece paracletus, Christo abscedente fuerat necessarius. *S. Aug., in Joan., trac. cxiv, n.º 2* — Exhortator, incitator, impulsor. *Cor. á Lap., in Joan., xiv, 16.*

¿Cómo defiende? Como el amor sabe hacerlo. Toda su elocuencia consiste en suspirar. *El Espíritu Santo*, escribe el Apóstol, *ayuda nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos ni lo que debemos pedir, ni cómo hemos de pedirlo. Pero el Espíritu santo pide El mismo por nosotros con gemidos inefables.* (*Rom VIII, 26.*) ¡Cuán profunda, es pues, oh Dios mio, mi miseria, la miseria del linage humano! Privado de todo y mendigo en este valle de lágrimas, yo no conozco mis verdaderas necesidades, apenas las sospecho, y mucho menos las siento. Si llego á conocerlas, ignoro el modo de pedir su remedio. ¡Qué necesidad tan grande la mia, de tener un maestro hábil que me enseñe á pedir, caritativo, que pida por mí; poderoso, que pida con resultado. El Rey de la Ciudad del bien en persona me presta este caritativo servicio, y se lo presta á todos. Sí, es de fe, el Espíritu Santo pide por mí, se hace mendigo por mí.

“¿Qué quiere decir esto? pregunta San Agustín. ¿Acaso puede gemir el Espíritu Santo, que goza de la suprema felicidad con el Padre y el Hijo? Seguramente no. El Espíritu Santo en sí mismo y en la Beatísima Trinidad no gime; pero gime en nosotros enseñándonos á gemir. Y ciertamente no es pequeña cosa que el Espíritu Santo nos enseñe á gemir. Insinuándonos al oído de nuestro corazón, que somos viajeros en este valle de lágrimas, nos enseña á suspirar por la eterna patria, y este deseo produce nuestros gemidos. El que está bien, ó mejor dicho, el que cree estar bien en este lugar de destierro, el que se embriaga con los placeres de los sentidos, y nadando en la abundancia de bienes temporales, se harta de su vana felicidad, este tal no deja oír sino la voz del cuervo; pues este animal no gime, sino que grazna.

“Por el contrario, el que siente la carga de la vida, vién-

dose todavía separado de Dios y privado de la bienaventuranza infinita que nos ha sido prometida, de la cual tiene esperanza, mas no la poseerá realmente hasta el día en que el Señor vendrá en todo el esplendor de su gloria despues de su primera venida que ha sido humilde; el que eso conoce, gime; y si por eso gime, gime bien: el Espíritu Santo es quien le enseñe á gemir así, imitando á la paloma. Muchos, en efecto, gimen cuando les sorprende la adversidad, cuando los dolores de aguda enfermedad hacen presa en ellos bajo los cerrojos de una prision, en las cadenas de la esclavitud, al ver las olas que se abren para tragárselos, al caer en las emboscadas que sus enemigos les prepararon; pero estos no gimen con gemido de paloma: no es el amor de Dios el que les hace gemir, ni el Espíritu Santo quien gime en ellos. Así, tan pronto como se ven libres de aquellos males oís los gritos de su vano regocijo; lo que prueba que son cuervos y no palomas. (1)'

Es *exhortador*. Todo el bien digno de este nombre, que se ha hecho desde el principio del mundo, que se hace actualmente y que se hará hasta la consumacion de los siglos, es debido á los hijos del Espíritu Santo; á los ciudadanos de la Ciudad del bien. ¿Quién les da que lo quieran y lo hagan? Su Rey. Sin su auxilio nadie puede ni siquiera pronunciar con provecho para el cielo, el nombre del Redentor. (2) Abel ofrece generosamente al Señor los corde- res más pingües de su rebaño. Yo veo el sacrificio; pero, ¿dónde esta el alma que lo inspira? ¿Quién le exhortó á ofrecerlo? El Rey de la Ciudad del bien.

1. Ideo tales cum ab ipsis pressuris fuerint liberati, exultant in grandibus vocibus, ubi apparet quod corvi sunt, non columbae. S. Aug. in Joan., tract. vi n.º 2.

2. Et nemo potest dicere: Dominus Jesus; nisi in Spiritu Sancto. I Cor., XII, 13.

Por espacio de cien años Noé arrostra las burlas de sus contemporáneos y construye lentamente el arca, en que el linage humano se habia de salvar. Yo contemplo el ánimo del patriarca y veo su navío. ¿Quién alentó al constructor é inspiró la construccion? El Rey de la Ciudad del bien. Yo veo á Ahraham atando sobre la leña á su unigénito Isaac y levantando la mano para inmolarlo: ¿quién fué el exhortador y el guía del heróico padre de los creyentes? El Rey de la Ciudad del bien. Yo veo en el discurso de los siglos antiguos, á los patriarcas profetas, reyes y guerreros de Israel llevando á cabo mil azañas, triunfando de mil dificultades, afrontando intrépidos innumerables dolores. ¿Cuál fué el alma de esas grandes almas? ¿Quién fué su exhortador? El rey de la Ciudad del bien.

En tiempos más modernos, preguntadles á los pescadores de Galilea, ¿quién les lanzó á los cuatro extremos del mundo para repartir por doquiera, como nubes benéficas, el rocío divino de la gracia; quién les dió la inteligencia y fortaleza necesarias para emprender tan rudos trabajos, llevar la guerra hasta el corazon de la Ciudad del mal, batir en brecha esta ciudadela colosal, dismantelarla, minarla, y edificar sobre sus ruinas la Ciudad del bien? Y cuando es menester defender á la obra divina á costa de toda clase de sacrificios, ¿quién es el exhortador de los mártires, quién sostiene su valor en presencia de los tribunales, de los caballetes, de las hogueras y de los bestias del anfiteatro? El Rey de la Ciudad del bien.

Lo que el divino Rey fue para los Apóstoles y los mártires, lo ha sido y continúa siéndolo para los solitarios, las vírgenes, los misioneros, los santos y los fieles, que en todas las condiciones y en todos los países, emprenden continuamente y conducen á feliz término la obra heróica de

su santificación y de la agena. Contad, si podeis, el número de sus buenos pensamientos y resoluciones saludables, las veces que tienen que sacrificar sus inclinaciones, sus gustos, sus intereses, su génio, su afección y pasiones, durante una vida de cincuenta años, para salvar su alma; calculad su extensión, y vereis que bueno, que infatigable, qué poderoso exhortador es el Espíritu Santo.

Es *consolador*. Amados míos, hasta aquí yo mismo os he enseñado, dirigido y consolado: por esto os causa tristeza mi próxima partida. Tomad ánimo: en lugar mío os enviaré otro consolador, que permanecerá con vosotros, no un poco de tiempo como yo, sino para siempre. El os instruirá, dirigirá y consolará en vuestras penas, dudas y tentaciones incesantes. Tal es el sentido de las palabras del Verbo encarnado, al anunciar el Espíritu Santo á sus Apóstoles, y á cada uno de nosotros (1).

Consolador. Menester era conocer bien á la humanidad para dar este nombre al Rey de la Ciudad del bien. ¿No la veis? ¿No veis á esa pobre humanidad, ruina viviente, atravesando hace sesenta siglos una tierra de miserias llamada con harta razón valle de lágrimas, envuelta en tinieblas, rodeado de enemigos, estropeada por los trabajos, consumida de dolores, roida de cuidados, dejando en las piedras de su camino las manchas de su sangre, y en las zarzas de los lados sus carnes despedazadas, arrastrando consigo una larga cadena de esperanzas frustradas, viendo en lontananza, como última perspectiva, una tumba entreabierta con misterios de descomposición en que no osa fijar la vista, y más allá los abismos insondables de las dos eternidades? Preci-

1. Joan., xiv, 16.—Ab operatione nomen imponit: reddit enim perturbatione alienos, et incredibile gaudium tribuit; sempiterna enim lætitia in eorum corde versatur, quorum Spiritus Sanctus habitator est. Didym *Lib. de Sp. Sancto. Inter opp, S. Hierony.*

so es convenir en que si la pobre humanidad necesita de algo, es ante todo, de uno que la consuele.

El Rey de la Ciudad del bien, es el consolador por excelencia, *consolator optime*, y tiene bien merecido este nombre verdaderamente real. Su realeza no tiene otro objeto que enjugar las lágrimas de sus súbditos, ó trasformarlas en perlas inmortales. Consolador poderoso, cuyos consuelos no son vanas palabras que se estrellan en la superficie del corazón, sino consuelos eficaces y goces íntimos. Consolador universal, que no hay sufrimiento del cuerpo, ni dolor del alma, ni revés de fortuna, ni duda, ni perplejidad, ni tampoco falta alguna, para los que no tenga un remedio, una luz ó una esperanza.

Que el hombre, el pueblo, el siglo, que no tiene ningun asunto en el tribunal de la justicia y de la misericordia divina, que no necesita ni luz para conocer el bien, ni estímulo para emprenderlo, ni perseverancia para llevarlo á cabo, ni alivio en sus miserias, ni consuelo en sus penas, en una palabra, que la orgullosa nada, que tiene la pretensión de bastarse á sí misma, ó de encontrar en brazos de carne, apoyo suficientes para su debilidad, desdeñe ú olvide al Abogado divino, al Exhortador sobrenatural, al soberano Consejero. . . . no tenemos nada que decirle. Compasión profunda, oraciones y lágrimas eso es todo lo que nos queda para El. Pero el hombre, el pueblo ó el siglo que tenga conciencia de sus necesidades, encontrará en el fondo de su alma mil motivos de día en día más apremiantes, para invocar al Espíritu Santo y vivir bajo sus leyes.

Tal es el Rey de la Ciudad del bien, segun los nombres principales que lo caracterizan. Si á todos estos títulos, que son peculiares de El, se añaden los que comparte con el Padre y el Hijo, se nos representará sin duda como el más

grande, el más magnífico, el más sábio, el mejor de todos los monarcas: su Ciudad, como el reino más glorioso, el más libre, el más feliz que el hombre pueda concebir: sus súbditos, como una familia de hermanos, como una asamblea de dioses, incoados por la gracia y en camino de ser consumados en la gloria. Si semejante espectáculo nos deja todavía fuerzas para hablar, será para que digamos con el salmista: ¡Oh Ciudad de mi Dios, qué hermosa eres; ¡Felices os que en tí habitan! (1)

1. Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.....Sicut laetantur omnium habitatio est in te. Ps. LXXXVI, 3, 7.

CAPITULO IX.

LOS PRINCIPES DE LA CIUDAD DEL BIEN.

SUMARIO.—Los ángeles buenos, principes de la Ciudad del bien.—Prueba particular de su existencia.—Su naturaleza.—Son puramente espirituales; pero pueden tomar cuerpos: pruebas.—Sus cualidades, la incorruptibilidad, la belleza, inteligencia, agilidad, fuerza.—La ejercen sobre los demonios, sobre el mundo y sobre el hombre, en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma pruebas.

El Rey de la Ciudad del bien no está solo. Alrededor de su trono se mantienen formando su córte, innumerables legiones de principes radiantes de hermosura. (Dan., VII). Su ocupacion es honrar al gran Monarca, velar por la conservacion de la Ciudad y presidir á su gobierno: estos principes son los ángeles buenos. So pena de dejar en la oscuridad una de las mayores maravillas del mundo superior y de las más importantes ruedas de su administracion, debemos darlos á canocer. Para esto es necesario hablar de su existencia, naturaleza, número, gerarquías, órdenes y funciones.

Existencia de los ángeles. Los ángeles son criaturas incorpóreas, invisibles, incorruptibles, espirituales, dotadas de inteligencia y voluntad. (1) La fé del género humano, la razon, la analogía de las leyes divinas, estan de acuerdo para establecer sobre su funtamiento inquebrantable el dogma de la existencia de los ángeles. Ya hemos visto la fe

1. Angelus est substantia creta, immaterialis sivo incorporalis, invisibilis, et spiritalis, intellectu perspicax et voluntate pollens. Vigier; c. III, § 2.